

En América Latina están tomando cuerpo problemas que podrían desestabilizar seriamente a la región, con un saldo negativo para los pueblos y beneficioso para sus adversarios comunes. Se trata del reavivamiento acelerado de viejos diferendos fronterizos y, ante todo, de la creciente tendencia de los círculos dominantes a "resolverlos" mediante la confrontación directa e irracional, por la fuerza y la guerra.

Los conflictos más peligrosos se dan en estos momentos entre Argentina y Chile, por el asunto del canal de Beagle, y entre Venezuela y Guyana, por la cuestión de la zona de Esequibo (160 mil kilómetros cuadrados que Caracas reclama para sí). La frontera argentino-chilena ha sido cerrada y los ejércitos de ambos países se enseñan nuevamente las uñas, a partir de un incidente —la captura de dos oficiales argentinos en Chile— que forma parte de aquella controversia. Y las relaciones venezolano-guyanesas están muy tensas.

Otras quereilas se encuentran también cargadas de dinamita. Perú y Ecuador siguen enredados en la disputa que hace apenas tres meses los llevó por segunda vez en este siglo a un choque bélico que evidentemente complicó más las cosas. Bogotá y Caracas han congelado prácticamente sus negociaciones para la demarcación de la zona del golfo de Venezuela, fuente de desacuerdos que a comienzos de la década de los 70 produjo un estridente sonar de sables en uno y otro lado.

Los diferendos fronterizos no son nuevos en Latinoamérica. Como en numerosas partes del mundo subdesarrollado, muchos de ellos vienen de la época colonial, que dejó fronteras imprecisas, fijadas conforme al capricho y las componendas de los colonialistas, que sólo tuvieron en cuenta sus intereses hegemónicos y no les importaron las dificultades que se crearían más tarde a los estados independientes. Tampoco son una novedad los enfrentamientos armados. La guerra del Chaco (entre Paraguay y Bolivia), en 1932-35, es uno de los ejemplos más dolorosos.

Pero ahora el problema es más amplio y grave. Son ya va-

Latinoamérica

Fronteras explosivas

Oscar Edmundo Palma

rios los países que se hallan simultáneamente en conflicto y es cada vez menor la voluntad de aplicar las normas de convivencia internacional para su solución. Se diría que hemos entrado en un proceso en que las reglas particulares suplantaron arbitrariamente a los principios generales y en que el recurso de la fuerza se torna una tentación sistemática.

Ahora también los grupos internacionales que se benefician de estas desavenencias son más poderosos, extensos y voraces que antes. Si detrás de la guerra del Chaco estuvieron los incipientes monopolios petroleros, ahora hay verdaderos imperios transnacionales de la energía y la minería al acecho de las zonas de discordia, generalmente ricas en hidrocarburos y minerales valiosos. Y ya se ha visto que estas empresas no fueron ajenas al reciente fratricidio peruano-ecuatoriano, como tampoco estuvieron ausentes del de 1941.

En el orden interno, las oligarquías están actualmente más prestas para aprovechar las situaciones conflictivas a fin de imponer o reafirmar su rumbo reaccionario. Después de la guerra de la cordillera del Cóndor, el gobierno de Fernando Belaúnde de Perú se hizo más antidemocrático, del brazo de los militares derechistas, y el de Jaime Roldós en Ecuador —que tuvo un buen comienzo— ha venido cayendo gradualmente en brazos del ejército. En los dos países cada institución castrense ganó la guerra a su manera, contra el pueblo, y dio su respectivo golpe de Estado, sin producirlo técnicamente.

Las castas oligárquicas latinoamericanas revelan una espe-

cial habilidad para inventar a sus pueblos *enemigos* que realmente no lo son, con el objeto de apartarlos de la lucha por sus verdaderos objetivos. La eventual enemistad entre ellos, al socaire del exacerbado nacionalismo, cumple esa función diversionista. De pronto, los adversarios no son la oligarquía y el imperialismo, que nos saquean y ahrojan, sino al país vecino, tan subdesarrollado y oprimido como el otro.

Dentro de su carácter peligrosamente elástico, los actuales antagonismos fronterizos provocan la formación en las vecindades de alineamientos contrapuestos. Se ha dicho, por ejemplo, que en la pugna Perú-Ecuador el régimen chileno está de lado del primero y el argentino, que tiene cuentas pendientes con Santiago por lo del Beagle, es afín al segundo. La misma inclinación se atribuye al gobierno de Venezuela (presuntamente pro-peruano) y al de Colombia (aparentemente pro-ecuatoriano). Lima y Quito reaccionan, según ese esquema, de modo correspondiente, a los apoyos o rechazos que reciben. En el litigio venezolano-guyanés, Brasil respalda a Georgetown, con quien tiene fuertes vínculos económicos, algunos asentados en el controvertido territorio del Esequibo.

De esta manera se ha creado virtualmente en Sudamérica una especie de internacional de la discordia, que por lo pronto obstruye las posibilidades de cohesión regional, tan necesaria para enfrentar al verdadero enemigo común externo, y más tarde podría dar lugar a confrontaciones mayores. Los medios imperiales extranjeros reciben así, en bandeja de plata, la oportunidad de incrementar su dominio en América Latina sobre la base de la división, el desgarramiento y el desgaste de sus víctimas.

El más elemental sentido patriótico exige, pues, el abandono del enfoque y arreglo tremendista de los problemas limítrofes. Las vías de la negociación no están cerradas. Tampoco está excluido el aporte de los pueblos, de sus fuerzas democráticas, progresistas y revolucionarias, para desbaratar el riesgoso juego en las fronteras y para hacer de ellas áreas de amistad, colaboración y paz.